

ANGUS DEATON

# El Gran Escape

SALUD, RIQUEZA Y LOS ORÍGENES  
DE LA DESIGUALDAD



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en inglés, 2013  
Primera edición en español FCE México, 2015  
Primera edición FCE Argentina, 2015

---

Deaton, Angus

El Gran Escape : Salud, riqueza y los orígenes de la desigualdad / Angus Deaton. -  
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2015.  
404 p. ; 21 x 14 cm. - (Economía)

Traducción de: Ignacio Perrotini.  
ISBN 978-987-719-094-6

1. Desigualdad. 2. Economía. 3. Historia Económica. I. Perrotini, Ignacio, trad.  
II. Título.  
CDD 330.09

---

### *Distribución mundial*

Diseño de portada: Laura Esponda Aguilar

© 2013, Princeton University Press  
Título original: *The Great Escape: Health, Wealth, and the Origins  
of Inequality*

D.R. © 2015, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738, México, D.F.  
Empresa certificada ISO 9001:2008  
[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA ARGENTINA, S.A.  
El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina  
[fondo@fce.com.ar](mailto:fondo@fce.com.ar) / [www.fce.com.ar](http://www.fce.com.ar)

Comentarios: [editorial@fondodeculturaeconomica.com](mailto:editorial@fondodeculturaeconomica.com)

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere  
el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN México: 978-607-16-2964-7  
ISBN Argentina: 978-987-719-094-6

IMPRESO EN ARGENTINA • *PRINTED IN ARGENTINA*  
Hecho el depósito que marca la ley 11723

*En memoria de Leslie Harold Deaton*

## ÍNDICE GENERAL

<i>Prefacio</i> . . . . .	11
<i>Introducción. De qué trata este libro</i> . . . . .	17
I. <i>El bienestar en el mundo</i> . . . . .	41
<i>Primera Parte</i> VIDA Y MUERTE	
II. <i>De la prehistoria a 1945</i> . . . . .	79
III. <i>Escapar de la muerte en el trópico</i> . . . . .	123
IV. <i>La salud en el mundo moderno</i> . . . . .	148
<i>Segunda Parte</i> DINERO	
V. <i>Bienestar material en los Estados Unidos</i> . . . . .	193
VI. <i>La globalización y el Escape más Grande</i> . . . . .	248
<i>Tercera Parte</i> AYUDA	
VII. <i>Cómo ayudar a los que se quedaron atrás</i> . . . . .	297
<i>Post scriptum. ¿Qué sigue?</i> . . . . .	359
<i>Bibliohemerografía</i> . . . . .	365
<i>Índice analítico</i> . . . . .	389

## PREFACIO

*El gran escape* es una película sobre un grupo de hombres que escapan de un campo de prisioneros de guerra en la segunda Guerra Mundial. El “Gran Escape” de este libro es la historia de cómo la humanidad escapa de la privación y la muerte prematura, de cómo las personas han conseguido mejorar sus vidas y han mostrado el camino a seguir a las generaciones posteriores.

Una de esas vidas es la de mi padre. Leslie Harold Deaton nació en 1918 en una aldea de minas de carbón llamada Thurcroft, ubicada en los campos de carbón de Yorkshire del Sur. Sus abuelos, Alice y Thomas, habían abandonado el trabajo agrícola con la esperanza de prosperar en la nueva mina. Su hijo mayor, mi abuelo Harold, combatió en la primera Guerra Mundial, retornó al “hoyo” y finalmente se convirtió en supervisor. Para mi padre resultó difícil educarse en Thurcroft en el periodo de entreguerras porque sólo a algunos niños se les permitía ir a la secundaria. Leslie realizó trabajos ocasionales en la mina; al igual que otros muchachos, su ambición era que un día tuviera la oportunidad de trabajar en la superficie. Nunca lo consiguió; fue enrolado en el ejército en 1939 y enviado a Francia como parte de la infortunada Fuerza Expedicionaria Británica. Después de esa debacle lo enviaron a Escocia para entrenarse como parte de un comando; ahí conoció a mi madre y tuvo la “fortuna” de ser rechazado del ejército por tuberculosis y enviado a un sanatorio; digo “fortuna” porque la incursión del comando en Noruega fue un fracaso, y muy probablemente habría muerto. Leslie fue desmovilizado en 1942 y se casó con mi madre, Lily Wood, la hija de un carpintero de la ciudad de Galashiels en el sur de Escocia.

Aunque fue privado de una educación secundaria en Yorkshire, Leslie había ido a la escuela nocturna para aprender habilidades de exploración que eran útiles en la minería, y, en 1942, con la escasez de mano de obra, esas habilidades lo hicieron atractivo para ser contratado como el chico a cargo de

los recados en una empresa de ingenieros civiles en Edimburgo. Decidido a convertirse en un ingeniero civil y comenzando casi de la nada, él trabajó duro durante una década y finalmente calificó como uno. Los cursos eran muy difíciles, especialmente los de matemáticas y física; la escuela nocturna a la que asistió, hoy en día la Heriot-Watt University de Edimburgo, me envió recientemente los resultados de sus exámenes y, sin duda alguna, trabajó duro. Consiguió un empleo como ingeniero proveedor de agua en las *Borders* de Escocia y compró la cabaña donde había vivido la madre de mi abuela, y donde se dice que en épocas pasadas sir Walter Scott había sido un visitante ocasional. Para mí, mudarme de Edimburgo —con su clima sucio, cenizo y miserable— a un pueblo del campo —con sus bosques, montañas y corrientes de truchas y, en el verano de 1955, su resplandor interminable— fue en sí mismo un Gran Escape.

De una manera clásica, mi padre se aseguró de que yo tuviera una mejor suerte que la que él había tenido. De alguna forma logró persuadir a mis maestros de la localidad para que me asesoraran fuera de clases a fin de preparar el examen de ingreso a una prestigiosa escuela pública (*i.e.*, privada) de Edimburgo, donde fui uno de los dos muchachos que en ese año consiguieron beca; las colegiaturas anuales superaban el salario de mi padre. Finalmente fui a Cambridge como estudiante de matemáticas y con el tiempo me convertí en profesor de economía, primero en el Reino Unido y luego en Princeton. Mi hermana fue a la universidad en Escocia y se convirtió en maestra de escuela. De la docena de primos míos, nosotros fuimos los únicos que asistimos a la universidad, y, por supuesto, ninguno de la generación previa tuvo esa oportunidad. Los dos nietos de Leslie viven en los Estados Unidos. Mi hija es socia de una exitosa empresa de planificadores financieros en Chicago y mi hijo es socio en un exitoso fondo de inversión de alto riesgo en Nueva York. Ambos recibieron una rica y variada educación en Princeton —vastamente superior en profundidad, amplitud de oportunidades y calidad de enseñanza a mi propia experiencia árida y estrecha como estudiante de licenciatura en Cambridge—. Ambos tienen un estándar de vida más allá de cualquier cosa que Leslie pudo haber imaginado —aunque él vivió lo suficiente para ver gran parte de

esto y complacerse en ello—. Sus bisnietos viven en un mundo de riqueza y oportunidad que habría sido una fantasía remota en los campos de carbón de Yorkshire.

El escape de Thurcroft realizado por mi padre es un ejemplo de lo que trata este libro. Él no nació en la pobreza abyecta, aunque con base en los estándares actuales parecería que sí, pero terminó su vida con cierta riqueza comparativamente hablando. No tengo datos sobre las aldeas mineras de Yorkshire, pero por cada millar de niños nacidos en Inglaterra en 1918 más de 100 murieron antes de cumplir los cinco años de edad, y los riesgos de muerte probablemente serían mayores en Thurcroft. Hoy en día los niños del África subsahariana tienen una mayor probabilidad de vivir hasta los cinco años de edad que la que tenían los niños ingleses en 1918. Leslie y sus padres sobrevivieron a la gran pandemia de influenza de 1918-1919, aunque su padre murió joven a consecuencia de un vagón descarrilado en la mina. El padre de mi madre murió joven también, de una infección que siguió a una apendicectomía. Sin embargo, Leslie, a pesar de su encuentro juvenil con la tuberculosis —el Capitán de la Muerte—, vivió hasta los 90 años. Sus bisnietos tienen bastantes probabilidades de vivir hasta los 100 años.

Los estándares de vida de hoy son mucho más altos que hace un siglo, y más gente escapa de la muerte en la infancia y vive lo suficiente para experimentar esa prosperidad. Casi un siglo después de que naciera mi padre, sólo cinco de cada 1 000 niños británicos no viven hasta sus primeros cinco años y, aun si la cifra es un poco más elevada en lo que queda de los campos de carbón de Yorkshire —la mina de Thurcroft cerró en 1991—, es sólo una fracción pequeña de lo que era en 1918. Las oportunidades de educarse, muy difíciles en los tiempos de mi padre, hoy se dan por sentado. Aún en mi generación, menos de uno de cada 10 niños británicos fue a la escuela de bachillerato, mientras que en la actualidad la mayoría tienen alguna forma de educación terciaria.

El escape de mi padre, y el futuro que él construyó para sus hijos y sus nietos, no es una historia inusual. Sin embargo, está lejos de ser universal. Muy pocos de la generación de Leslie en Thurcroft obtuvieron una educación profesional. Las hermanas de mi madre no lo consiguieron, ni tampoco sus

esposos. Su hermano y la familia de éste emigraron a Australia en los años sesenta, cuando su capacidad de subsistir a duras penas con base en la improvisación de múltiples trabajos se colapsó con el cierre de la línea de ferrocarril de las *Borders* escocesas. Mis hijos tienen éxito desde un punto de vista financiero y disfrutan de seguridad, pero ellos (y nosotros) somos extraordinariamente afortunados; los hijos de mucha gente bien educada y exitosa financieramente están batallando para conseguir un estándar de vida como el de sus padres. Para muchos de nuestros amigos, el futuro de sus hijos y la educación de sus nietos es una fuente constante de preocupación.

Éste es el otro lado de la historia. Aunque mi padre y su familia vivían más años y prosperaban en medio de una población que en promedio vivía más y prosperaba, no todos estaban tan motivados o eran tan dedicados como él, ni tenían tanta suerte. Nadie trabajó más duro que mi padre, pero su suerte también fue importante: la suerte de no estar entre los que murieron en la infancia, la suerte de haber sido rescatado del hoyo por la guerra, la suerte de no estar en el comando de ataque equivocado, la suerte de no morir de tuberculosis y la suerte de conseguir empleo en un mercado de trabajo fácil. Los escapes dejan a algunas personas atrás, y la suerte favorece a algunos mas no a otros; crea oportunidades, pero no todos están igualmente preparados o determinados para aprovecharlas. Así, la historia del progreso es también la narración de la desigualdad. Esto es especialmente verdadero en nuestros días, cuando la ola de prosperidad en los Estados Unidos es lo contrario de una distribución equitativa. Unos cuantos prosperan increíblemente bien. Muchos otros están batallando. En el mundo en su conjunto vemos los mismos patrones de progreso: vías de escape para algunos mientras otros se quedan atrás, horriblemente, en la pobreza, la privación, la enfermedad y la muerte.

Este libro trata de la danza sin fin entre el progreso y la desigualdad, acerca de cómo el progreso crea desigualdad y cómo la desigualdad en ocasiones puede ser útil —al mostrar a otros el camino o proveer incentivos para remontar la brecha— y a veces inútil —cuando quienes lograron escapar protegen sus posiciones destruyendo las rutas de escape que quedan detrás de ellos—. Ésta es una historia que ya se ha



contado muchas veces, pero yo quiero narrarla de una nueva manera.

Es fácil pensar en el escape de la pobreza como algo relacionado con el dinero: con la posibilidad de tener más y no tener que vivir con la tormentosa ansiedad de no saber si mañana habrá suficiente, temiendo que alguna emergencia surgirá para la cual no haya suficientes fondos y que haga sucumbir a uno y a la familia. Es cierto que el dinero es una parte central de la historia. Pero igualmente importante, o acaso aún más, son una mejor salud y la mayor probabilidad de vivir lo suficiente como para tener la oportunidad de prosperar. En el fenómeno de los padres que viven con el miedo constante y la realidad frecuente de que sus hijos morirán, o el de las madres que paren 10 hijos de modo que cinco puedan sobrevivir hasta la mayoría de edad, se reflejan las ominosas privaciones de donde surgen graves preocupaciones sobre el dinero, fuente de inquietud para muchas de estas personas. A través de la historia y a lo largo del mundo de hoy, la enfermedad y la muerte de los niños, la recurrente y sempiterna morbilidad de los adultos y la pobreza opresiva son acompañantes que visitan con frecuencia a las mismas familias, una y otra vez.

Muchos libros narran la historia de la riqueza, y muchos otros tratan de la desigualdad. También hay muchos libros que hablan de salud y de cómo la salud y la riqueza van de la mano, en tanto que las desigualdades en la salud reflejan las desigualdades en la riqueza. Aquí yo hablo de ambas historias a la vez, con la esperanza de que los demógrafos y los historiadores profesionales permitan que un economista incursione en sus territorios. Pero la historia del bienestar humano, de lo que le da significado a la vida, no se puede contar observando sólo una parte de lo que es importante. *El Gran Escape* no respeta las fronteras de las disciplinas académicas.

A través de mi vida como economista he acumulado muchas deudas intelectuales. Richard Stone fue quizá la influencia más profunda; de él aprendí acerca de la medición: cuán poco podemos decir sin ella y cuán importante es medir bien. De Amartya Sen aprendí a pensar en lo que le da sentido a la vida y sobre cómo debemos estudiar el bienestar en su conjunto, no sólo partes de ello. La medición del bienestar es el meollo de este libro.

Mis amigos, colegas y alumnos han sido extraordinariamente generosos al leer mis borradores de todo o parte de este libro. Gracias a sus reacciones inteligentes y agudas el libro es inconmensurablemente mejor. Agradezco especialmente a los que están en desacuerdo conmigo pero que aun así se tomaron el tiempo no sólo de criticar y persuadir sino también de alabar y concordar cuando les fue posible. Agradezco a Tony Atkinson, Adam Deaton, Jean Drèze, Bill Easterly, Jeff Hammer, John Hammock, David Johnston, Scott Kostyshak, Ilyana Kuziemko, David Lam, Branko Milanovic, Franco Peracchi, Thomas Pogge, Leandro Prados de la Escosura, Sam Preston, Max Roser, Sam Schulhofer-Wohl, Alessandro Tarozzi, Nicolas van de Walle y Leif Wenar. Mi editor de Princeton University Press, Seth Ditchik, me ayudó a hacer arrancar el proyecto y me dio buenos consejos durante todo el camino.

La Universidad de Princeton me ha proveído de un ambiente académico inigualable por más de tres décadas. El National Institute of Aging y el National Bureau of Economic Research han contribuido a financiar mi trabajo sobre salud y bienestar, y los resultados de esa investigación han influido en este libro. He trabajado frecuentemente con el Banco Mundial; el banco enfrenta constantemente problemas urgentes y prácticos y me ha enseñado cuáles asuntos importan y cuáles no. En años recientes he sido consultor de la Organización Gallup; ellos han sido pioneros en la investigación global del bienestar, y parte de la información que han recabado aparece en la primera parte de este libro. Les agradezco a todos ellos.

Finalmente, y de la mayor importancia, Anne Case leyó cada palabra poco después de haberse escrito, y en ocasiones lo llevó a cabo muchas veces. Ella es responsable de innumerables mejoras a lo largo del libro, que sin su incesante estímulo y apoyo no existiría.

## *Introducción* DE QUÉ TRATA ESTE LIBRO

La vida es mejor ahora que en cualquier tiempo pasado en la historia. El número de personas ricas ha aumentado y un número cada vez menor vive en la indigencia. La vida es más prolongada y los padres de familia no tienen que contemplar de manera rutinaria cómo muere una cuarta parte de sus hijos. No obstante, todavía millones de personas experimentan los horrores de la miseria extrema y de la muerte prematura. El mundo es extraordinariamente desigual.

La desigualdad es, frecuentemente, una *consecuencia* del progreso. No todo mundo se enriquece al mismo tiempo, y no todos tienen acceso inmediato a los últimos medios que salvaguardan la vida, sea el acceso a agua potable, a vacunas o a nuevas medicinas que previenen las enfermedades cardíacas. Las desigualdades, a su vez, afectan el progreso. Esto puede ser bueno; los niños de la India ven lo que puede hacer la educación y van a la escuela también. Puede ser malo si los ganadores intentan impedir que otros los sigan, quitando las escaleras que les permitieron ascender. Los nuevos ricos pueden usar su riqueza para influir en los políticos con el fin de que restrinjan la educación pública o la seguridad social que ellos no necesitan.

Este libro narra las historias de cómo fue que las cosas mejoraron, cómo y por qué ocurrió el progreso y de qué modo se dio la interacción subsecuente entre el progreso y la desigualdad.

### *EL GRAN ESCAPE: LA PELÍCULA*

*El gran escape*, una película famosa sobre los prisioneros de guerra de la segunda Guerra Mundial, se basa en las proezas de Roger Bushell (en la película *Roger Bartlett*, representado por Richard Attenborough), un sudafricano de la Real Fuerza Aérea que fue derribado detrás de las líneas alemanas, y que

escapó y fue recapturado repetidas veces.<sup>1</sup> En su tercer intento, tal como se describe en la película, 250 prisioneros escapan con él a través de los túneles excavados desde Stalag Luft III. La película narra la historia de cómo se planeó el escape; muestra el ingenio aplicado en la construcción de tres túneles, *Tom, Dick y Harry*, y da cuenta de la improvisación y las habilidades técnicas desplegadas en la elaboración de ropas civiles y papeles apócrifos, todo bajo la mirada vigilante de los guardias. Todos menos tres de los prisioneros de guerra fueron recapturados finalmente, y Bushell mismo fue ejecutado por órdenes directas de Hitler. No obstante, el énfasis de la película no estriba en el éxito limitado de este escape en particular, sino en el deseo inextinguible de libertad del hombre, aun en circunstancias difíciles o imposibles.

En este libro, cuando hablo de libertad me refiero a la libertad para vivir una nueva vida y para realizar las cosas que hacen que valga la pena vivir. La ausencia de libertad es la pobreza, la privación y la salud precaria, lo que ha constituido por mucho tiempo el destino de gran parte de la humanidad y todavía es el de una proporción injuriosamente alta de los habitantes del mundo de hoy. Narraré historias de escapes repetidos de esta clase de prisión; de cómo y por qué sucedieron y qué ocurrió después. Es una historia del progreso material y fisiológico, de gente cada vez más rica y saludable, de escapes de la pobreza.

La frase de mi subtítulo, “orígenes de la desigualdad”, proviene de pensar en los prisioneros de guerra que no escaparon. Todos los prisioneros de guerra pudieron haber permanecido donde estaban, pero en cambio algunos escaparon, algunos murieron, otros fueron devueltos al campo de concentración y otros más nunca se fueron. Esto está en la naturaleza de la mayoría de los “grandes escapes”: no todos pueden lograrlo, hecho que de ninguna manera hace que el *escape* sea menos deseable o menos admirable. No obstante, cuando pensamos en la consecuencia del escape es *necesario* pensar no sólo en los héroes de la película, sino también en los que se quedaron

<sup>1</sup> *El gran escape*, dirigida por John Sturges, con la actuación de Steve McQueen, James Garner y Richard Attenborough; Mirisch Company, distribuida por United Artists, 1963 (basada en un libro de Paul Brickhill con el mismo título).

atrás en Stalag Luft III y en otros campos. ¿Por qué debemos preocuparnos de ellos? Seguramente la película no lo hizo: ellos no son los héroes y en la historia narrada son un accidente. No hay una película llamada *El gran no escape*.

Sin embargo, *debemos* pensar en los que no escaparon. Después de todo, el número de prisioneros de guerra en los campos de concentración alemanes que no escaparon fue mucho más grande que el de los pocos que sí lo lograron. Quizás hasta se vieron afectados por el escape, es decir, a los que se quedaron los castigaron o les retiraron sus privilegios. Uno puede imaginar que los guardias entonces hicieron la huida más difícil que antes. ¿Acaso el escape de sus compañeros prisioneros de guerra inspiró a los que se quedaron en los campos a escapar también? Seguramente pudieron haber aprendido las técnicas de evasión desarrolladas por los que lograron huir, y pudieron también evitar sus errores. ¿O es que se desalentaron por las dificultades o por el éxito muy limitado del gran escape mismo? O quizá, celosos de los que escaparon y pesimistas acerca de sus propias oportunidades, fueron más infelices y se deprimieron, empeorando así las condiciones del campo de concentración.

Como ocurre con todas las buenas películas, hay otras interpretaciones. El éxito y la alegría del escape virtualmente se extinguen con el final de la película; para la mayoría de los fugados, su libertad es sólo temporal. El escape de la muerte y de la privación por la humanidad comenzó hace alrededor de 250 años, y continúa hasta ahora. Sin embargo, no hay nada que diga que deba continuar eternamente, y muchas amenazas —cambio climático, errores políticos, epidemias y guerras— podrían terminar con ello. De hecho, hubo muchos escapes premodernos en los que el incremento en los estándares de vida se frenó precisamente por estas fuerzas. Podemos y debemos celebrar los éxitos, pero no hay bases para un triunfalismo precipitado.

#### CRECIMIENTO ECONÓMICO Y ORÍGENES DE LA DESIGUALDAD

Muchos de los grandes episodios del progreso humano, incluyendo aquellos que usualmente se describen como completa-

mente fructíferos, han dejado detrás un legado de desigualdad. La Revolución industrial, que comenzó en el Reino Unido en los siglos XVIII y XIX, dio inicio al crecimiento económico responsable de que cientos de millones de personas escaparan de la indigencia material. La otra cara de la misma Revolución industrial es lo que los historiadores llaman la “Gran Divergencia”, cuando el Reino Unido, seguido un poco después por Europa noroccidental y los Estados Unidos, se separó del resto del mundo, creando un enorme golfo entre Occidente y el resto del mundo que no se ha cerrado hasta el día de hoy.<sup>2</sup> La desigualdad global actual fue creada, en gran medida, por el éxito del crecimiento económico moderno.

No debemos pensar que, antes de la Revolución industrial, el resto del mundo había estado siempre atrasado y era desesperadamente pobre. Décadas antes de Colón, China era suficientemente avanzada y rica como para enviar una flota de enormes barcos —portaaviones en relación con las carabelas de Colón— bajo las órdenes del almirante Zheng He para explorar el Océano Índico.<sup>3</sup> Trescientos años antes de eso, la ciudad de Kaifeng era una metrópoli de un millón de almas llena de humo cuyos molinos eructantes no habrían estado fuera de lugar en Lancashire 800 años más tarde. Las imprentas producían millones de libros lo bastante baratos para que aun las personas de recursos modestos los leyeran.<sup>4</sup> No obstante, estas épocas, tanto en China como en otras partes, no se sostuvieron, y menos aún fueron el punto de partida de una creciente y continua prosperidad. En 1127, Kaifeng sucumbió ante la invasión de tribus de Manchuria que de manera incauta habían sido empleadas como mercenarias; si contratas aliados peligrosos, es mejor que te asegures de pagarles bien.<sup>5</sup> Gobernantes rapaces, guerras o ambos iniciaban y frenaban al-

<sup>2</sup> Lant Pritchett, “Divergence, Big Time”, *Journal of Economic Perspectives* 11, núm. 3, 1997, pp. 3-11; véase también Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the World Economy*, Princeton University Press, Princeton, 2000.

<sup>3</sup> Cf. Jack Goldstone, *Why Europe? The Rise of the West in World History, 1500-1850*, McGraw-Hill, Nueva York, 2009.

<sup>4</sup> Véase Ian Morris, *Why the West Rules—for Now: The Patterns of History, and What They Reveal about the Future*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2010.

<sup>5</sup> *Idem.*

ternativamente el crecimiento económico en Asia.<sup>6</sup> Es sólo en los últimos 250 años que el crecimiento económico continuo y de largo plazo, en algunas partes del mundo —pero no en otras—, ha conducido a brechas persistentes entre los países. El crecimiento económico ha sido el motor de la desigualdad de ingresos a nivel internacional.

La Revolución industrial y la Gran Divergencia están entre los escapes más benignos de la historia. Existen muchas ocasiones en que el progreso de un país se hizo a *expensas* de otro. La Era del Imperio en los siglos *xvi* y *xvii*, que precedió a la Revolución industrial y ayudó a su desarrollo, benefició a muchos en Inglaterra y Holanda, los dos países que sacaron el mejor provecho de la batalla. Para 1750, los trabajadores de Londres y Ámsterdam veían que sus ingresos crecían en comparación con el de los trabajadores de Nueva Delhi, Beijing, Valencia y Florencia; los trabajadores ingleses podían incluso pagarse algunos pocos lujos, como el azúcar y el té.<sup>7</sup> Pero quienes fueron conquistados y despojados en Asia, América Latina y el Caribe no sólo fueron lastimados en ese momento, sino que en muchos casos se les impusieron instituciones económicas y políticas que los condenaron por siglos a la desigualdad y la pobreza continua.<sup>8</sup>

La globalización de nuestros días, al igual que las globalizaciones anteriores, ha sido testigo de prosperidad creciente al mismo tiempo que de desigualdad creciente. Países que eran pobres no hace mucho tiempo, como China, la India, Corea del Sur y Taiwán, han sacado ventaja de la globalización y han crecido rápidamente, mucho más rápido que los países ricos del presente. Al mismo tiempo, se han separado de países aún más pobres, muchos de ellos ubicados en África, creando nuevas desigualdades. A medida que unos escapan, otros se quedan atrás. La globalización y las nuevas formas de hacer las cosas han conducido a incrementos continuos de prosperidad en los países ricos, aunque las tasas de crecimiento han

<sup>6</sup> Véase Eric L. Jones, *Growth Recurring: Economic Change in World History*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 2000.

<sup>7</sup> Cf. Robert Allen, *Global Economic History: A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Londres y Nueva York, 2011.

<sup>8</sup> Cf. Daron Acemoglu y James Robinson, *Why Nations Fail: The Origins of Power, Prosperity, and Poverty*, Crown, Nueva York, 2012.

sido más lentas —no sólo en relación con los países pobres de crecimiento rápido, sino también respecto a las que solían darse en los mismos países ricos—. A medida que el crecimiento se ha ralentizado, se han ampliado las brechas entre las personas *dentro* de la mayoría de los países. Un puñado de afortunados ha hecho riquezas fabulosas y lleva estilos de vida que habrían impresionado a los más grandes reyes y emperadores de siglos pasados. Sin embargo, la mayoría de la gente ha visto menos mejora en su prosperidad material, y en algunos países —los Estados Unidos entre ellos— las personas de nivel de ingreso medio no son más prósperas que sus padres. Por supuesto que se encuentran muchas veces mejor que generaciones anteriores a las de sus padres; no es que el escape no haya ocurrido nunca. No obstante, hoy en día muchos tienen buenas razones para preocuparse de si sus hijos y sus nietos no mirarán hacia atrás considerando nuestro presente no como una época de escasez relativa, sino como una época dorada perdida hace tiempo.

Cuando la desigualdad es la sierva del progreso, cometemos un serio error si sólo observamos el progreso promedio o, peor aún, sólo el progreso entre los éxitos. La Revolución industrial solía contarse como una historia de lo que sucedió en los países líderes, ignorando al resto del mundo, como si nada hubiera estado sucediendo ahí, o como si nada hubiera ocurrido *nunca* ahí. Esto es no sólo despreciar a la mayoría de la humanidad sino también ignorar las contribuciones no deseadas de aquellos que fueron lastimados o, en el mejor de los casos, dejados atrás. No podemos describir el “descubrimiento” del Nuevo Mundo mirando solamente sus efectos en el Viejo Mundo. Dentro de los países, la tasa de progreso promedio, como la tasa de crecimiento del ingreso nacional, no puede decirnos si el crecimiento se comparte ampliamente —como ocurrió en los Estados Unidos durante un cuarto de siglo después de la segunda Guerra Mundial— o si se concentra en un pequeño grupo de personas muy ricas, tal como ha sido el caso más recientemente.

Yo relato la historia del progreso material, pero ésta es una historia *simultánea* de crecimiento y desigualdad.



## NO SÓLO INGRESO, SINO TAMBIÉN SALUD

El progreso en salud ha sido tan impresionante como el progreso en riqueza. En el siglo pasado, la esperanza de vida en los países ricos aumentó 30 años, y continúa aumentando hoy en día en dos o tres años cada década. Los niños que habrían muerto antes de cumplir cinco años de edad ahora viven hasta la vejez, y adultos de edad mediana que alguna vez habrían muerto de enfermedades cardíacas ahora viven hasta ver que sus nietos crecen y asisten al colegio. De todas las cosas que le dan valor a la vida, vivir más años es seguramente una de las máspreciadas.

Aquí el progreso también ha dado lugar a desigualdades. El conocimiento de que el tabaquismo es mortal ha salvado millones de vidas en los últimos 50 años, pero fueron los profesionales educados y más ricos quienes dejaron de fumar primero, abriendo una brecha de salud entre ricos y pobres. Que los gérmenes causaban enfermedades fue un conocimiento novedoso alrededor de 1900, y fueron las personas que contaban con una formación profesional y una educación esmerada las primeras en poner en práctica ese conocimiento. Durante casi un siglo hemos sabido cómo usar las vacunas y los antibióticos para impedir que los niños mueran; sin embargo, cerca de dos millones de niños todavía mueren cada año de enfermedades que se pueden prevenir con vacunas. En São Paulo o Nueva Delhi la gente rica se cura en hospitales modernos de prestigio mundial, mientras a uno o dos kilómetros de distancia niños pobres están muriendo de desnutrición y enfermedades que se pueden prevenir fácilmente. La explicación de que el progreso sea tan desigual difiere de un caso a otro; la razón por la cual es más probable que la gente pobre fume no es la misma razón por la cual muchos niños pobres no están vacunados. Más adelante se explica esto, pero por ahora el punto es simplemente que el progreso en salud crea brechas en salud exactamente igual que el progreso material crea brechas en los estándares de vida.

Estas “desigualdades en salud” son una de las grandes injusticias del mundo de hoy. Cuando surgen nuevas invenciones o nuevo conocimiento, *alguien* tiene que ser el primero en

beneficiarse, y las desigualdades asociadas a la espera por un tiempo son un precio razonable que hay que pagar. Sería absurdo desear que el conocimiento de los efectos del tabaquismo en la salud hubiera sido suprimido con el propósito de impedir nuevas desigualdades en salud. Sin embargo, la probabilidad de que la gente pobre fume es mayor, y los niños que están muriendo hoy en día en África no habrían muerto en Francia o en los Estados Unidos incluso hace 60 años. ¿Por qué persisten estas desigualdades, y qué se puede hacer al respecto?

Este libro trata principalmente de dos asuntos: los estándares de vida material y la salud. Éstas no son las únicas cosas que importan para una buena vida, pero son importantes en y por sí mismas. Analizar la salud y el ingreso de manera conjunta nos permite evitar un error que es muy común hoy en día, cuando el conocimiento es especializado y cada especialidad tiene su propio punto de vista provinciano del bienestar humano. Los economistas se enfocan en el ingreso; los académicos de la salud pública, en la mortalidad y la morbilidad, y los demógrafos, en los nacimientos, las muertes y el tamaño de las poblaciones. Todos estos factores contribuyen al bienestar, pero ninguno de ellos *es* el bienestar. La aseveración es suficientemente obvia, pero los problemas que surgen de ella no lo son tanto.

Los economistas —mi propia tribu— piensan que las personas están mejor si tienen más dinero... lo cual está muy bien dentro de lo que cabe. Así que si algunos logran tener mucho más dinero y la mayoría de las personas no consigue tener sino poco o nada, pero no pierde, los economistas normalmente argumentarán que el mundo está mejor. Y en efecto, tiene un enorme atractivo la idea de que, siempre que nadie salga perdiendo, resulta mejor estar mejor; se le denomina criterio de Pareto. No obstante, esta idea es socavada completamente si el bienestar se define de manera muy estrecha; la gente tiene que estar mejor, no peor, en lo tocante al *bienestar*, no sólo en lo referente a los estándares de vida material. Si quienes se enriquecen logran un trato político favorable, o minan los sistemas de salud o de educación públicos, de suerte que los que tienen menos pierden en política, salud o educación, entonces estos últimos bien pueden haber ganado dine-

ro pero *no* están mejor. Uno no puede evaluar a la sociedad o a la justicia sólo con base en los estándares de vida. No obstante, los economistas de modo rutinario e incorrecto aplican el argumento de Pareto al ingreso, ignorando otros aspectos del bienestar.

Por supuesto, también es un error analizar de manera aislada la salud o cualquier otro *componente* del bienestar. Es una buena cosa mejorar los servicios de salud y asegurarse de que quienes necesitan tratamiento médico sean atendidos, pero no podemos establecer las prioridades de salud sin atender a su costo. Tampoco debemos usar la longevidad como una medida de progreso social; en un país con una esperanza de vida mayor la vida es mejor, pero no si el país tiene una dictadura totalitaria.

El bienestar no puede ser juzgado con base en su promedio sin considerar la desigualdad, y tampoco puede ser juzgado por una o más de sus partes sin atender al todo en su conjunto. Si este libro fuera mucho más largo, y si su autor supiera mucho más, yo escribiría sobre otros aspectos del bienestar, incluyendo la libertad, la educación, la autonomía, la dignidad y la capacidad para participar en la sociedad. Pero aun pensar en la salud y el ingreso en el mismo libro nos liberará de los errores que emergen al mirar sólo uno u otro de estos dos temas de manera aislada.

### ¿CÓMO OCURRE EL PROGRESO?

Hay pocas dudas de que a nuestros antepasados les habría gustado tener lo que nosotros tenemos ahora, si hubieran podido imaginar nuestro mundo. Y no hay razón para pensar que los padres hayan podido jamás habituarse a ver morir a sus hijos; si alguien duda de esto, que lea la descripción de Janet Browne del terrible sufrimiento de Charles Darwin cuando sus dos primeros hijos murieron (y es sólo una historia entre muchas).<sup>9</sup> El deseo de escapar está siempre ahí. Sin embargo, no siempre se cumple. Las claves del progreso son el nuevo cono-

<sup>9</sup> Véase E. Janet Browne, *Charles Darwin*, vol. 2, *The Power of Place*, Jonathan Cape, Londres, 2002.

cimiento, las nuevas invenciones y las maneras nuevas de hacer las cosas. En ocasiones la inspiración viene de inventores solitarios que sueñan con algo muy diferente de lo habitual. Más frecuentemente, las nuevas formas de hacer las cosas son subproductos de algo más; por ejemplo, la lectura se propagó cuando los protestantes tuvieron que leer la Biblia por su propia cuenta. De modo más frecuente aún, el ambiente social y económico crea innovaciones en respuesta a la necesidad. Los salarios aumentaron después del éxito del Reino Unido en la Era del Imperio, y estos altos salarios, junto con la abundancia de carbón, crearon incentivos para que los inventores y los fabricantes emergieran con invenciones que potenciaron la Revolución industrial.<sup>10</sup> La Ilustración británica, con su incesante búsqueda de autosuperación, suministró el fértil suelo intelectual en el cual era más factible que esas invenciones tuvieran lugar.<sup>11</sup> La epidemia de cólera en el siglo XIX fue un ímpetu para los descubrimientos cruciales de la teoría microbiana de las enfermedades infecciosas. Y la bien subvencionada investigación médica que surgió a partir de la pandemia del VIH/sida de nuestros días descubrió el virus y desarrolló medicinas que, aunque no curan la enfermedad, extienden de manera importante las vidas de quienes han sido infectados. No obstante, también hay casos en que la inspiración nunca llegó, en que las necesidades y los incentivos no lograron aportar una solución mágica, o incluso mundana. La malaria ha afligido a los seres humanos por decenas de miles de años, quizá durante toda la historia humana, y aún no tenemos una manera de prevenirla o de tratarla completamente. La necesidad puede ser la madre de la invención, pero no hay nada que garantice un embarazo exitoso.

La desigualdad también influye en el proceso de invención, unas ocasiones para bien y otras para mal. Los sufrimientos de quienes tienen carencias son un motivo para encontrar nuevas formas de cerrar las brechas, aunque sólo sea porque el hecho de que algunos no padezcan privaciones de-

<sup>10</sup> Cf. Allen, *op. cit.*

<sup>11</sup> Véase Roy Porter, *The Creation of the Modern World: The Untold Story of the British Enlightenment*, Norton, Nueva York, 2000, y Joel Mokyr, *The Enlightened Economy: An Economic History of Britain, 1700-1850*, Yale University Press, New Haven, 2009.